

APRENDER A CONVIVIR

Jorge Yarce

*“Es que quiero sacar/ de tí tu mejor tú/ Ese que no te viste y yo te veo
/ Nadador por tu fondo, preciosísimo
(Pedro Salinas)*

Una actitud básica para hacer realidad la trascendencia como convivencia es tratar a las personas como personas, como seres dotados de una intimidad, no como cosas. Tratarlas como algo importante, que dialogan de tú a tú. Son presencias mensajeras, un complemento para mi vida.

Convivir no es estar juntos: es estar comprometidos. La prueba de la verdadera convivencia la da la separación de las personas.

Si la convivencia es auténtica, la separación en el espacio o en el tiempo no disminuye el compromiso, lo aumenta. Como ocurre con el fuego y el viento. Si el fuego es verdadero, el viento, en lugar de apagarlo, lo convierte en llamarada. Es lo que ocurre con la separación de las personas amadas. Si no hay compromiso, la distancia hace morir la convivencia, la relación pasa al olvido.

Lo más cercano y lo más lejano

La necesidad de aprender a convivir se pone en evidencia cuando en la sociedad estamos al tanto de las cosas que suceden en los lugares más distantes, y que no tienen, a veces, mucho significado, pero no nos damos cuenta de las cosas que suceden a nuestro alrededor, en las personas más próximas.

Parece que la norma que se impone en la sociedad es que para ser un buen vecino o un buen empleado lo importante es no “meterse con nadie”. Es decir, la negación del convivir y del comprometerse con los demás.

Convivir es disfrutar juntos, sufrir juntos, construir juntos, luchar juntos, alegrarse juntos. Esto implica disponibilidad, apertura, comprensión y acogida. No significa que estemos siempre en una actitud de exaltación o de triunfo.

Muchas veces sentiremos las aristas que produce la diversidad de las personas o probaremos la amargura de la indiferencia o del rechazo. Pero lo importante es que eso no se convierta en un hábito que nos lleve a rechazar a los demás.

La persona convive porque ser persona significa ser con otros, participar de una comunidad más radical. El lenguaje refleja esa realidad: no convivimos porque nos entendemos con las palabras. Hablamos y nos entendemos de muchas maneras, no sólo hablando, porque somos unos para otros.

Así está diseñada nuestra vida. Ella es, por constitución, conviviente y comunitaria.

La convivencia y sus compromisos son modalidades de la libertad. La concepción de la libertad como compromiso es acorde con la concepción abierta de la vida humana y supera la indiferencia propia de una visión individualista.

Esta libertad y sus expresiones en la convivencia llevan a la persona a hacer lo que tiene que hacer para que su vida se desarrolle en plenitud. Se trata de una convivencia en la que ella debe ser persona singular y, a la vez, semejante, persona comunicativa.

Aprender a ser amigo

La amistad –dice Aristóteles– es lo más necesario para la vida. Es una de las formas más espléndidas del amor humano. Aunque también vale decir de ella lo que Eurípides, por boca de un actor de una de sus obras, expresa sobre el amor: es lo más dulce y lo más amargo.

A veces, nos toca recibir de los amigos también lo amargo, porque están más cerca a nosotros, nos conocen bien, no podemos ocultar nuestras sombras ante ellos, y confiamos en que nos comprendan, a pesar de nuestros errores y de que podamos causarles dolor. O recibimos de ellos también la corrección amistosa, que tiene más valor que la llamada de atención de un extraño.

Sólo los buenos amigos se corrigen entre sí. Los otros, los que no lo son, quizás murmuren al ver nuestros defectos. Somos para ellos y ellos para nosotros, luz y sombra, noche y día, ánimos y desánimos.

Si se da más, se es más.

Se es más en la medida en que se da más. Todo esto no es una utopía, sino una realidad palpable que requiere esfuerzos: pensar más en los demás que en uno mismo. Si hay esa actitud, el proceso de la convivencia va a más, busca la plenitud, enriquece.

La “tessera hospitalis” era la tableta de barro o cerámica (symbolón, símbolo) que los griegos usaban al despedirse de los amigos: se partía en dos y cada uno guardaba una parte, de modo que, al reencontrarse después de mucho tiempo, una manera de reconocerse era juntar esas dos partes y ver si coincidían.

No somos solos ni nos salvamos solos. Andamos buscando esa otra parte que nos hace falta y que sólo la llena la vida de los demás: padres, hermanos, amigos, novia, esposa, seres queridos, compañeros de trabajo, vecinos, colaboradores, colegas de empeños sociales, políticos, etc.

Hay que estructurar la vida de modo que saquemos de cada uno, de nosotros y de los otros, el *mejor tú* (Pedro Salinas) que podamos.

De lo contrario aumentará “la muchedumbre de los solitarios”, a pesar de estar rodeados de gente, televisión, cine, publicidad, bienes de consumo, caprichos, salud, viajes, etc.

Nuestras palabras y nuestra vida deben ser símbolos que signifiquen mucho para los otros, no meros signos de una presencia física o psicológica. La calidad del encuentro depende de esto.

“Nadie da de lo que no tiene”, afirma el dicho clásico. Pero en la amistad hay, a veces, que dar de lo que no se tiene. Es decir, desarrollar con esfuerzo y sacrificio la capacidad de dar, haciendo actos de generosidad, dando nuestro tiempo, por ejemplo, con el que solemos ser avaros.

Hay que buscar en los otros primero lo bueno, sus cualidades, y luego lo menos bueno, los defectos, tratando de comprenderlos, ayudándoles a luchar contra ellos.

Como quien tiene que sacar agua y debe empezar por fabricar el pozo, cavar hondo hasta encontrar el líquido fresco que va a calmar la sed.

En la convivencia hay que ser pacientes, saber esperar. Nadie se hace persona de un día para otro. Cuando tratamos de ayudar a que los demás mejoren, estamos obteniendo nuestro propio bien.

Recordemos que los bienes más importantes de la vida no son de orden material ni tienen precio, aunque necesitemos de las cosas materiales para disfrutarlos: paz, amor, cultura, libertad, esperanza, fe.

No se puede valorar la convivencia por el dinero que se tiene en el banco, por el número de tarjetas de crédito o por la capacidad de hacer invitaciones. Su calidad se mide por la huella indeleble que plantamos en el corazón de la gente.

Vale la pena mencionar en este punto el valor de la convivencia en la familia, donde primariamente las personas aprendemos a convivir. Muchos de los problemas que se presentan en la vida tienen su causa en fallos que vienen de esa primera experiencia natural de convivir en una familia.

Esa vida familiar se convierte en una auténtica aventura de “*ser familia*” y “*hacer familia*”, fundamentada en el amor que da lugar a esa unión.

En la familia toda persona empieza a caminar por la vida y en ella está llamada a encontrar la felicidad. Al no poder disponer, como le dé la gana, de sí misma ni de su tiempo, no por eso es menos libre. Es libre cumpliendo los compromisos que se derivan de constituir una familia o de ser parte integrante de ella.

Si hablamos de raíces y de estar arraigados en la familia, podemos compararla con un árbol bien plantado, que crece si tiene raíces hondas y se nutre de la savia, que es el amor de la pareja y el amor de padres a hijos.

La familia es un árbol que necesita constante cuidados para que de frutos en cada estación: echarle agua, podarlo, quitar las ramas secas, abonarlo, darle adecuado sol y adecuada sombra.

Los frutos aparecerán y se caerán de su peso, ya maduros, lo cual hace que haya nuevas ramas, dando vida a nuevas familias, que serán sanas y fuertes si se nutre de la misma savia, el amor generoso.